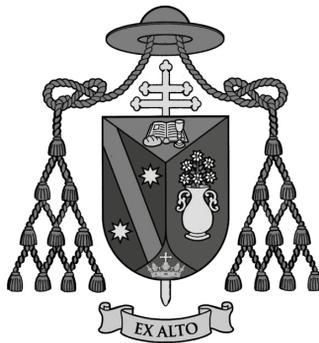


BOAS

MAYO 2017
TOMO CLVIII N° 2356



Archidiócesis de Sevilla

BOLETÍN OFICIAL DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA

Mayo 2017 Nº 2356

Arzobispo

Carta circular ante la preocupante sequía.	129
LIV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Carta Pastoral.	131
Venid y vamos todos. Mayo, mes de María. Carta Pastoral.	133
Quienes sirven a los enfermos, son testigos de la ternura de Dios. Pascua del enfermo. Carta Pastoral.	135
En la solemnidad de la Ascensión. Carta Pastoral.	137

Secretaría General

Necrológicas.	139
---------------	-----

Departamento de Asuntos Jurídicos

Confirmación Erección Canónica.	141
Erección Canónica.	141
Confirmación de Juntas de Gobierno.	141

Arzobispo

Carta Circular ante la preocupante sequía

A los sacerdotes, consagrados, seminaristas y fieles laicos de la Archidiócesis, ante la preocupante sequía

8 de mayo de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace varios meses los agricultores y los que, de una forma u otra estamos relacionados con el campo o amamos la naturaleza, venimos contemplando con preocupación creciente la grave sequía que padecemos en Sevilla, al igual que en toda Andalucía y en gran parte de España. La escasez de agua va a tener severas consecuencias para la agricultura y la ganadería por la carencia de pastos. La cosecha de cereales está a punto de perderse en muchas zonas, afectando también seriamente a la vid y al olivo. La sequía puede tener también graves consecuencias para el medio ambiente, pudiendo repercutir en algunos casos en los riegos y en el abastecimiento de las poblaciones. Estas circunstancias exigen de todos un uso responsable y solidario del agua, como nos pide el papa Francisco en la encíclica *Laudato sí*.

Siguiendo la recomendación de san Pablo a los primeros cristianos, «*en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica*» (Fil 4,6), la Iglesia siempre ha elevado al Señor oraciones por los más diversos problemas y necesidades públicas. Por ello, invito a todos a presentar al Señor nuestras súplicas, pidiendo con espíritu confiado al Creador del Universo que se digne bendecirnos con el beneficio de la lluvia.

Invito a los sacerdotes, consagrados, seminaristas y fieles laicos que intensifiquemos la plegaria al Dios compasivo y misericordioso por esta intención, pidiendo al Señor, que nos conceda el agua que tanto necesitamos. De manera particular, pido a los sacerdotes que se tenga presente en la oración de los fieles de cada Eucaristía, utilizando los formularios que figuran en el libro oficial. Hemos de encomendar también al Señor esta intención en las preces de Laudes y Vísperas, en la exposición y adoración del Santísimo y en cualquier otro tipo de oración extralitúrgica comunitaria que se celebre en nuestra Archidiócesis. Se puede celebrar también oportunamente la Eucaristía para *pedir la lluvia*. Los textos se encuentran en el n.º 35 de las Misas por diversas necesidades. Encomiendo especialmente esta plegaria a las comunidades de monjas contemplativas.

Agradezco de antemano la atención que todos prestaremos a esta carta circular, y aprovecho la ocasión para enviaros un abrazo fraterno y cordial y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

LIV JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES
7 de mayo de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

El domingo IV de Pascua, que hoy celebramos, es conocido como el domingo del Buen Pastor. El evangelio nos presenta a Jesucristo como el pastor que llama y reúne a sus ovejas, las conoce por su nombre y que, en su inmolación pascual, da la vida por sus ovejas.

En este domingo celebramos también la LIV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. En ella se nos recuerda que en la tarea salvadora, que nace del misterio pascual, el Buen Pastor necesita colaboradores. A través de humildes instrumentos humanos, el Señor ha de seguir predicando, santificando, perdonando los pecados, consolando a los tristes, enseñando a los ignorantes y acompañando a quienes se sienten abandonados. Son las distintas vocaciones que el Espíritu suscita en su Iglesia para seguir cumpliendo la misión del Buen Pastor, dando la vida por los hermanos.

En esta Jornada damos gracias a Dios por la vida de tantos sacerdotes y consagrados, que en el ministerio pastoral, en la oración, el trabajo y el silencio del claustro, en el servicio a los pobres y marginados, en el acompañamiento a los enfermos y ancianos y en la escuela católica están gastando generosamente su vida al servicio de Dios y de sus hermanos. Es incalculable la riqueza que aporta a la Iglesia el don del ministerio sacerdotal y de la vida consagrada en sus múltiples carismas e instituciones. Que en esta Jornada y siempre les acompañemos con el afecto y la oración para que sean fieles a la llamada recibida para gloria de Dios y bien de la Iglesia.

El lema de la Jornada en este año es Empujados por el Espíritu para la misión, y el tema es la dimensión misionera connatural a toda vocación. En este sentido nos dice el Papa que *"quien se deja atraer por la voz de Dios y se pone en camino para seguir a Jesús, descubre enseguida, dentro de él, un deseo incontrolable de llevar la Buena Noticia a los hermanos"*. Añade el Papa que el llamado por Dios, no recibe el don de la vocación para provecho propio o como un consuelo privado, para gozar individualmente por sentirse amado por Dios, sino para anunciar la alegría del Evangelio (EG 21).

La vocación, la llamada del Señor, implica ser enviado al mundo como profeta de su palabra y testigo de su amor. Dios al elegirnos conoce nuestra fragilidad. Por ello, no hay lugar para el temor, pues como en el caso de Isaías, el Señor viene en nuestra ayuda (Is 6,7-8). Hoy son también legión

los consagrados y sacerdotes, que con gran generosidad han respondido como el profeta: *«aquí estoy, mándame»*. El Papa nos pide que salgamos *"de los recintos sacros del templo, para dejar que la ternura de Dios se desborde en favor de los hombres"*, para que anunciemos a nuestros hermanos a Jesucristo siendo para ellos instrumentos de salvación.

Los consagrados y los sacerdotes, en las fatigas y en las dificultades debemos saber que Jesús camina con nosotros y que está a nuestro lado, como con los de Emaús, venciendo nuestros desánimos y dificultades. El Señor nos pide que seamos pacientes y esperanzados venciendo la idolatría del poder y del éxito fácil y a corto plazo. La semilla que esparce el sembrador no germina inmediatamente. Igualmente la semilla del Reino crece paulatina y silenciosamente gracias al poder de Dios. Nosotros los sacerdotes y consagrados debemos estar siempre abiertos a la acción silenciosa del Espíritu, desde la oración asidua y contemplativa cuidando la relación personal con el Señor en la adoración eucarística, «lugar» privilegiado de encuentro con el Señor.

El Papa anima a las comunidades cristianas, a las asociaciones y a los grupos de oración que, frente a la tentación del desánimo ante la crisis de vocaciones, sigan pidiendo al Dueño de la mies que mande obreros a su mies y nos dé sacerdotes y religiosos verdaderamente enamorados de Jesucristo y de su Evangelio, que sepan hacerse prójimos de los hermanos, y ser así, signos vivos del amor misericordioso de Dios.

El Papa nos anima también a proponer a los jóvenes el seguimiento de Cristo. Debemos ayudarles, con la palabra explícita y nuestro testimonio de vida, a descubrir el atractivo siempre actual de la figura de Jesús, a dejarse interrogar y provocar por sus palabras y por sus gestos y a decidirse a seguir sus huellas anunciando su nombre a los hermanos.

Pongo esta intención preciosa en las manos maternas de la Santísima Virgen, que tuvo la audacia de acoger el designio de Dios sobre ella, poniendo su juventud y su futuro en las manos del Señor. Termino pidiendo a todos los sacerdotes y religiosos que en este sábado, o en este domingo, organicen actos especiales de oración por las vocaciones en las parroquias, iglesias y oratorios, que bien pudiera ser ante el Santísimo expuesto.

A todos os envío mi saludo fraterno y mi bendición.

+Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

**VENID Y VAMOS TODOS.
MAYO, MES DE MARÍA
17 de mayo de 2017**

Queridos hermanos y hermanas:

El 30 de abril de 1965 publicaba el Papa Pablo VI una breve y preciosa encíclica titulada *"Mes de Mayo"*, en la que confesaba que al acercarse este mes eminentemente mariano le llenaba de gozo pensar en el conmovedor espectáculo de fe y de amor que a lo largo del mismo se ofrece en todas partes de la tierra en honor de la Reina del Cielo. "En efecto, -añadía el Papa- mayo es el mes en el que en los templos y en las casas particulares sube a María desde el corazón de los cristianos el más ferviente y afectuoso homenaje de su oración y veneración". Como consecuencia de la secularización, hoy las cosas no son como Pablo VI las soñaba hace sólo cinco décadas. Seguramente ni en muchas parroquias, ni en la mayoría de las familias se conservan las prácticas piadosas entrañables con que honrábamos a la Virgen en el mes de las Flores en nuestros Seminarios, casas religiosas y colegios, que tantos recordamos con añoranza. No deja de ser una desgracia, puesto que como el mismo Pablo VI manifiesta, al mismo tiempo que en el mes de mayo honramos a María, "desde su trono descienden hasta nosotros los dones más generosos y abundantes de la divina misericordia".

Puesto que estoy convencido de que aquellas prácticas devocionales nos sirvieron muy mucho para enraizar desde niños en nuestro corazón la devoción y el amor a la Virgen, sugiero y pido a todas las comunidades cristianas de nuestra Archidiócesis que han perdido tales prácticas, que hagan lo posible por recuperarlas, pues la verdadera devoción y el culto genuino a la Virgen es siempre camino de conversión, de vida interior y de dinamismo pastoral. María es el camino que conduce a Cristo. Todo encuentro con Ella termina en un encuentro con su Hijo. Desde su corazón misericordioso, encontramos más fácil acceso al corazón misericordioso de Jesús.

Efectivamente, la Santísima Virgen ocupa un lugar central en el misterio de Cristo y de la Iglesia y, por ello, la devoción a María pertenece a la entraña misma de la vida cristiana. Ella es la madre de Jesús. Ella, como peregrina de la fe, aceptó humilde y confiada su misteriosa maternidad, haciendo posible la encarnación del Verbo. Ella fue la primera oyente de su palabra, su más fiel y atenta discípula, la encarnación más auténtica del Evangelio. Ella, por fin, al pie de la Cruz, nos recibe como hijos y se convierte, por un misterioso designio de la Providencia de Dios, en corredentora de toda la humanidad. Por ser madre y corredentora, es medianera de todas las gracias necesarias para nuestra

salvación, nuestra santificación y nuestra fidelidad, lo cual en absoluto oscurece la única mediación de Cristo. Todo lo contrario. Esta mediación maternal es querida por Cristo y se apoya y depende de los méritos de Cristo y de ellos obtiene toda su eficacia (LG 60).

La maternidad de María y su misión de corredentora siguen siendo actuales: ella asunta y gloriosa en el cielo, sigue actuando como madre, con una intervención activa, eficaz y benéfica en favor de nosotros sus hijos, impulsando, vivificando y dinamizando nuestra vida cristiana. Esta ha sido la doctrina constante de la Iglesia a través de los siglos, enseñada por los Padres de la Iglesia, vivida en la liturgia, celebrada por los escritores medievales, enseñada por los teólogos y muy especialmente por los Papas de los dos últimos siglos.

Por ello, la devoción a la Virgen, conocerla, amarla e imitarla, vivir una relación filial y tierna con ella, acudir a ella cada día, honrarla con el rezo del ángelus, las tres avemarías, el rosario u otras devociones recomendadas por la Iglesia, como las Flores de mayo y la novena de la Inmaculada, no es un adorno del que podamos prescindir sin que se conmuevan los pilares mismos de nuestra vida cristiana.

Efectivamente, María es el arca de la Alianza, el lugar de nuestro encuentro con el Señor; refugio de pecadores, consuelo de los afligidos y remedio y auxilio de los cristianos; ella es la estrella de la mañana que nos guía en nuestra peregrinación por este mundo; ella es salud de los enfermos del cuerpo y del alma. Ella es, por fin, la causa de nuestra alegría y la garantía de nuestra fidelidad.

Honremos, pues, a la Virgen cada día de nuestra vida y muy especialmente en el mes de mayo. Acudamos a visitarla en sus santuarios y ermitas con amor y sentido penitencial. Lo repito, qué bueno sería que en nuestras parroquias, colegios católicos y comunidades se restauraran las Flores de mayo u otras devociones parecidas. El amor y el culto a la Virgen es un motor formidable de dinamismo espiritual, de fidelidad al Evangelio y de vigor apostólico. Que nunca terminemos nuestra jornada sin haber rendido un homenaje filial a Nuestra Señora.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

**QUIENES SIRVEN A LOS ENFERMOS SON TESTIGOS DE LA
TERNURA DE DIOS
PASCUA DEL ENFERMO
21 de mayo de 2017**

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos en este domingo VI del tiempo pascual la llamada Pascua del Enfermo, jornada muy apta para hacer visible la cercanía de la comunidad cristiana a nuestros hermanos enfermos. Saludo con mucho afecto a quienes vivís la experiencia del sufrimiento, unidos a la carne de Cristo sufriente. Saludo también a los profesionales de la medicina, a los que agradezco su dedicación y competencia profesional; a los familiares de los enfermos, especialmente de los crónicos o de larga duración. Saludo además a los voluntarios que trabajan en la pastoral de la salud en la Archidiócesis y en las parroquias, a los capellanes y párrocos. A todos os invita el papa Francisco, en el mensaje que nos ha dirigido con ocasión de la Jornada Mundial del Enfermo, a dar gracias por la preciosa vocación que el Señor os ha concedido de acompañar y servir a los enfermos, un aspecto esencial en la vida de la Iglesia, cuya misión incluye el servicio a los últimos, a los enfermos, a los que sufren, a los excluidos y marginados.

Efectivamente, el cuidado de los enfermos es algo que pertenece a la columna vertebral del Evangelio y a la mejor tradición cristiana. La Iglesia siempre ha vivido la solicitud por los enfermos imitando a su Maestro, a quien los Santos Padres califican como el *Médico divino* y el *Buen Samaritano* de la humanidad. Jesús, en efecto, al mismo tiempo que anuncia el Evangelio del Reino de Dios, acompaña su predicación con signos y prodigios en favor de quienes son prisioneros de todo tipo de enfermedades y dolencias. El Señor trata a los enfermos con infinita ternura, pues las personas a las que la salud ha abandonado, lo mismo que las sufren una grave discapacidad, conservan íntegra su dignidad, nunca son simples objetos y merecen todo nuestro respeto y cariño.

Muchos cristianos, hombres y mujeres, como fruto de su fe recia y consecuente, se brindan a estar junto a los enfermos que tienen necesidad de una asistencia continuada para asearse, para vestirse y para alimentarse. Este servicio, cuando se prolonga en el tiempo, se puede volver fatigoso y pesado, pues es relativamente fácil servir a un enfermo por unas horas o unos días, pero es difícil cuidar de una persona durante meses o durante años, incluso cuando ella ya no es capaz de agradecerlo. No cabe duda de que éste es

un sorprendente camino de santificación personal, en el que se experimenta de un modo extraordinario la ayuda del Señor, como muchos hemos podido comprobar en nuestra vida. Por otra parte, constituye una fuente prodigiosa de energía sobrenatural para la Iglesia, si quien está junto al enfermo ofrece al Señor su entrega por tantas intenciones preciosas que todos llevamos en el corazón.

El tiempo que pasamos junto al enfermo es un tiempo santo porque nos hace parecernos a Aquel que *«no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos»* (Mt 20,28), a Aquel que nos dijo también: *«Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve»* (Lc 22,27). A veces acuciados por las prisas, por el frenesí del hacer y del producir, nos olvidamos del valor de la gratuidad, de ocuparnos del otro, de hacernos cargo de él, y especialmente del valor singular del tiempo empleado junto a la cabecera del enfermo.

En el fondo olvidamos aquella palabra del Señor, que dice: *«lo que hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos conmigo lo hicisteis»* (Mt 25,40). Dios quiera que en nuestra Archidiócesis seamos muchos los que comprendamos el valor que tiene dedicar nuestro tiempo al servicio y al acompañamiento, con frecuencia silencioso, de nuestros hermanos enfermos, que, gracias a ello, se sienten más amados y consolados.

Esta tarea que corresponde a todo buen cristiano, la realizan de forma eminente los voluntarios de los equipos de pastoral de la salud, que llevan el consuelo de Dios, el amor y el afecto de la comunidad parroquial a los enfermos. Les felicito y agradezco su compromiso, lo mismo que al Delegado Diocesano de Pastoral de la Salud y a los capellanes de hospitales. Pido al Señor que les conceda fortaleza para cumplir su hermosísimo quehacer. El papa Francisco les anima en su mensaje a mirar a la Santísima Virgen, Salud de los enfermos. Ella, añade el Santo Padre, es para todos nosotros garante de la ternura del amor de Dios y modelo de abandono a su voluntad. Ella alienta a todos los entregados a esa pastoral preciosa a que siempre encuentren en la fe, alimentada por la Palabra y los Sacramentos, la fuerza para amar a Dios y a los hermanos en la experiencia también de la enfermedad.

Para todos ellos, para el personal sanitario y para quienes cuidan en sus casas con infinito amor a sus seres queridos enfermos, mi afecto fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

EN LA SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN 28 de mayo de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos en este domingo la solemnidad de la Ascensión del Señor, su regreso al regazo del Padre. No es difícil imaginar la tristeza de los discípulos ante la marcha de Jesús. En los tres últimos años han vivido con Él una experiencia preciosa. Han conocido su intimidad, han gozado de su amistad, han oído de sus labios las palabras más verdaderas escuchadas jamás. Sus corazones se han inundado de luz y de esperanza. Es natural que se resistan al adiós y que se les parta el alma ante la despedida del amigo, cuya verdad ha dado a sus vidas un nuevo sentido y una insospechada plenitud.

Pero los Apóstoles no viven la despedida del Señor como una tragedia irreparable. Jesús les ha ido preparando, les ha ido dilatando la mirada y les ha abierto el horizonte. *Es bueno que yo me vaya*, -les ha dicho- *para que vosotros podáis predicar por doquier cuanto habéis visto y oído*.

En realidad, la Ascensión del Señor no es el adiós definitivo o la despedida sin retorno que provoca la pena lastimera. Con su marcha al Cielo, el Señor inaugura un modo nuevo de presencia entre nosotros y un modo también nuevo de ejercer su misión. Su ausencia es más aparente que real. Después de la Ascensión comienza a estar entre nosotros de otra manera. Así nos lo asegura San León Magno en una homilía sobre esta fiesta: *Jesús bajando a los hombres no se separó de su Padre y cuando vuelve al Padre tampoco se aleja de sus discípulos*. Al encarnarse no pierde su divinidad, ni su intimidad con el Padre. Ahora que regresa al Padre no pierde su humanidad, ni su comunión con nosotros.

Subiendo al Cielo, Jesús ha llevado algo de nuestra humanidad al corazón de Dios. Su Ascensión es anuncio gozoso de nuestra ascensión y de nuestro retorno con Él. De ahí el tono alegre y esperanzado de esta fiesta, que se incrementa si tenemos en cuenta que al marchar, mucho de su humanidad ha quedado entre nosotros: su Palabra, su presencia en los hermanos y en la Iglesia, sacramento de Jesucristo y, sobre todo, su presencia resucitada en la Eucaristía, que hace verdadera su promesa de estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 19,20). Jesús no ha marchado sin nosotros, y nosotros no nos hemos quedado sin Él.

La misión de Jesús, después de su resurrección se prolonga en la misión de sus discípulos, a los que transmite el encargo que Él recibiera de su Padre: ir al mundo entero y anunciar la Buena Noticia. Es natural que ante la marcha Jesús queden embozados y aturcidos. Es el adiós de quien ha dado un nuevo sentido a sus vidas. Los ángeles les hacen volver a la realidad: *No os quedéis ahí parados mirando al cielo* (Hch 1,11). No es el momento de sentimentalismos ni de nostalgias. Hay mucho que hacer. La tarea ha comenzado.

Por ello, se *volvieron a Jerusalén con gran alegría* (Lc 24,52). Allí esperarán la llegada del Espíritu prometido, *que les revestirá de la fuerza de lo alto* (Lc 1,78) para iniciar el anuncio de lo que han visto y oído, de lo que palparon y tocaron con sus manos (1Jn 1,1), de su convivencia inolvidable con el Hijo de Dios. Y Jerusalén se llenará de la alegría que Jesús puso en los corazones de estos discípulos, que nada ni nadie les podrá arrebatar (Jn 16,22).

También a nosotros, que celebramos en este domingo la Ascensión del Señor, Jesús nos hace destinatarios de su misión y heraldos de su Buena Noticia. Nos encomienda enseñar lo que nosotros hemos aprendido, divulgar lo que a nosotros nos ha acontecido, que Él nos ha devuelto la luz, la vida y la esperanza. Todo ello es posible, más allá de nuestras vacilaciones, porque Jesús se ha comprometido con nosotros, a pesar de nuestra pequeñez. El Señor no se ha marchado, vive en nosotros, camina a nuestro lado y actúa por nuestro medio, como *actuaba con ellos (los Apóstoles) y confirmaba la palabra con los signos que los acompañaban* (Mc 16,20).

Como los discípulos de Jesús después de Pentecostés, hemos de acercarnos a este mundo nuestro, con sus luces y sus sombras, en progreso constante y al mismo tiempo lleno de heridas, tan diversas y tan dolientes. Hemos de ser en él testigos de la alegría cristiana, de la paz, la esperanza y el amor que nacen de la Buena Noticia del amor de Dios por la humanidad. Hay demasiado dolor e infelicidad en nuestro mundo como para que los cristianos creamos que ya está todo dicho y todo hecho. Jesús y su Evangelio siguen siendo una asignatura pendiente en el corazón de los hombres de hoy, y a nosotros se nos ha confiado su anuncio desde las plazas y las azoteas del nuevo milenio.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Secretaría General

Necrológicas

D. Manuel Bobillo Gaviño

El pasado 26 de mayo falleció el sacerdote D. Manuel Bobillo Gaviño a los 70 años de edad.

Nació en Los Palacios el 7 de junio de 1946 y fue ordenado sacerdote en Sevilla el 29 de junio de 1971.

Inició su ministerio sacerdotal como miembro del Equipo Sacerdotal de la Parroquia de San Gil y San Juan Bautista, de Écija; miembro del Equipo Sacerdotal de la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, de Écija y Párroco de la de Santa María Magdalena, de Arahal.

Continuó su labor pastoral como Párroco de la Parroquia de San Vicente Mártir, de Tocina; Cura Encargado de la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima, de Los Rosales; Párroco de la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes, de Sevilla y Capellán de las Monjas Capuchinas del Convento de Santa Rosalía, de Sevilla.

Departamento de Asuntos Jurídicos

Confirmación Erección canónica

Hermandad de Nuestra Señora de las Nieves y Santo Domingo de Silos, de Bormujos.

Decreto Prot. Nº 1829/17, de fecha 2 de mayo de 2017

Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de La Vera-Cruz, de La Campana.

Decreto Prot. Nº 1830/17, de fecha 2 de mayo de 2017

Erección canónica

Asociación Vivencias de Fe.

Decreto Prot. Nº 2169/17, de fecha 22 de mayo de 2017

Confirmación de Juntas de Gobierno

Venerable Hermandad y Cofradía Servita de María Stma. de los Dolores, Ntro. Padre Jesús Nazareno, Sta. Mujer Verónica y San Juan Evangelista, de Lebrija.

Decreto Prot. Nº 1860/17, de fecha 5 de mayo de 2017

Ilustre, Antigua y Fervorosa Hermandad Sacramental, purísima Concepción y Mª Stma. Ntra. Sra. de las Nieves de Los Palacios y Villafranca.

Decreto Prot. Nº 1876/17, de fecha 5 de mayo de 2017

Hermanidad del Stmo Cristo de la Resurrección, Ntra. Sra. de las Nieves, Bendita Madre Milagrosa, Santa Ángela de la Cruz y San Fernando, de La Rinconada.
Decreto Prot. Nº 1895/17, de fecha 8 de mayo de 2017

Pontificia y Real Hermanidad de San Pedro Apóstol, Santo Cristo de las Penas y María Stma. de los Dolores, de Estepa.
Decreto Prot. Nº 1993/17, de fecha 12 de mayo de 2017

Hermanidad del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo, Dulce Nombre de Jesús y María Stma. de las Angustias Su Soledad, de La Campana.
Decreto Prot. Nº 2059/17, de fecha 16 de mayo de 2017

Antigua, Real, Ilustre y Fervorosa Hermanidad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y María Santísima de las Angustias Coronada, de Alcalá del Río.
Decreto Prot. Nº 2148/17, de fecha 22 de mayo de 2017

Fervorosa Hermanidad del Glorioso Padre y Patriarca San Benito Abad, de Cantillana.
Decreto Prot. Nº 2151/17, de fecha 22 de mayo de 2017

Real, Antigua, Ilustre y Fervorosa Hermanidad Sacramental de Ntra. Señora Reina de Todos los Santos, Madre del Amor Hermoso, Medianera Universal de Todas las Gracias y Ánimas Benditas del Purgatorio, de Sevilla.
Decreto Prot. Nº 2279/17, de fecha 31 de mayo de 2017